

Las noticias recibidas de Tlacotalpam no acusaban que el enemigo intentara proseguir de momento su movimiento de ocupación, y esto proporcionó la ventaja de que á la vez que la Sección de vanguardia pudo instalarse tranquilamente en San Jerónimo, el Cuartel general tuviera tiempo para acabar de dictar sus disposiciones, á fin de todos los pueblos de su jurisdicción se pusieran sobre las armas, reorganizando al mismo tiempo el servicio de proveedurías, correos-cordilleras, y lo más esencial, las oficinas de Hacienda y el laboratorio de parque en Cosamaloápam.

XV

Antes de amanecer el día 14, el General en Jefe, acompañado únicamente del Capitán X....., se dirigía á San Jerónimo: era su ánimo visitar el campamento provisional de la Sección de vanguardia y aproximarse, hasta donde fuera posible, á Tlacotalpam, con el objeto de tener noticias más exactas, y al mismo tiempo observar personalmente al enemigo.

Unos paisanos que llegaban de aquella población se le aproximaron al reconocerlo, poco antes de llegar á la "Boca de Acula," y le dijeron que los *negros* estaban situados desde la víspera en el "Puente García," en gran número, y además, un piquete de caballería mexicana: que el que mandaba á los primeros era un Comandante que se llamaba Dacombe, y que habían comenzado á abrir un foso en la cabeza del puente, del lado del camino.

—¿Como cuántos serán?—preguntó el General.

—Muchos, señor, pasan de cincuenta, y desde muy temprano han llevado bastantes picos y palas.

—Se fortifican seguramente, Capitán;—continuó el Gene-

ral se la negó, pero el derrame de bilis que le produjo hizo que cayera en cama de cierta gravedad. Guido insistió en separarse del servicio, y al fin lo consiguió mediante el certificado médico que lo declaraba inútil para el servicio.

ral dirigiéndose á su ayudante—lo cual quiere decir que pensarán establecer allí su centro de operaciones. ¿Cree vd?

—Es posible, mi General;—contestó el Capitán—pero bien visto, no merece la pena y hasta es inútil, toda vez que para hostilizarlos nosotros no necesitamos entrar por el puente.

—Ciertamente: de todos modos, será preciso recomendar á Gómez que no deje tranquilos á *esos*.

—A mi juicio, y con permiso de vd., no creo conveniente que se les hostilice antes que nos lleguen los refuerzos pedidos á Oaxaca, y que no dudo nos enviará el Señor General Díaz.

El paisano que había dado la noticia prosiguió su camino, y el General se regresó á Amatlán, ordenando á X..... que llegara hasta el campamento para comunicar al jefe del punto órdenes terminantes acerca de la vigilancia que se debía ejercer, y sobre todo, para que le comunicara cuantas noticias pudiera adquirir.

El Capitán puso su caballo á media rienda, y bien pronto desapareció en tierras de "San Antonio."

XVI

Besando las tranquilas aguas del río del "Cabezo" ó "Chiquito," sobre el cual se acababa de construir el "Puente García," existía entonces una frondosa y extensa vega, propiedad de un Sr. González, que lindaba con el camino carretero en una extensión de más de doscientas varas, cerrada al extremo opuesto por un fuerte cercado cuyos estantes no permitían que nadie pudiera penetrar en ella: por la derecha, la margen del Papaloápam le servía de lindero; y ora porque la estación era propicia, ó ya porque su dueño no se atreviera á ir para aprovechar sus frutos, el caso era que estaba muy crecida, y que el camalote podía ocultar á los que dentro se encontraran.

Entre nueve y diez de la mañana del mismo día 14, tres

ra y distintamente por los tres oficiales—porque no conocía á nuestros soldados; y se temía que fuera aquello una emboscada.”

En cuanto á Dacombe, se retiró á la plaza, pues una de nuestras balas le había alcanzado y llevádole un pedazo de oreja.

A pesar de las advertencias, el enemigo prosiguió su marcha violenta y decididamente. De repente, cuando estaba á media distancia de la extensión de la cerca, el Coronel Gómez mandó tocar “arriba y fuego;” y con los ecos de la corneta de órdenes se mezcló la detonación de una descarga cerrada que á boca de jarro hicieron los números impares de nuestra línea de infantería. El enemigo se detuvo un momento, dejando en tierra más de veinte hombres heridos ó muertos, pero respondió bravamente á nuestros fuegos; y en tanto que los números pares comenzaron uno muy nutrido de filas, los primeros salieron del acahual cargando á la bayoneta. Tan violento fué el ataque, que los egipcios, estrechando sus filas, comenzaron la retirada sin dar la espalda y haciendo siempre fuego sin puntería ni dirección, á costa de víctimas que hacían los proyectiles de los republicanos: la circunstancia de caer gravemente herido el mismo Lauchaux y tratar de levantarlo para que no cayera en nuestro poder, hizo que se introdujera el desorden y que la derrota fuera completa: la retirada se convirtió en fuga.

Un negrazo, en verdad hermoso en medio de su fealdad, y fantástico, debido al traje militar que usaban los egipcios, se encaramó con una agilidad sorprendente en una de las tres palmas de coco que por entonces estaban cerca del puente, y sin abandonar su fusil que llevaba á la espalda: el más diestro orangután no lo habría hecho mejor; pero en los momentos que acurrucado entre el frondoso follaje se disponía á tirar, un sargento de Tlacotalpam se encargó de hacerlo bajar dando volteretas en el aire, disparándole un tiro que le clareó el pecho de parte á parte.

Fué el último disparo que se hizo. Gómez mandó tocar

retirada, pues no era prudente perseguir á los fugitivos más adelante, toda vez que el puente, siendo de mampostería, les ofrecía un buen apoyo para rehacerse, contando con la caballería que allí se encontraba y con la protección de las cañoneras, dos de las cuales levaron anclas y enfilaron el “Cabezo;” y aunque lanzaron unas granadas fueron sin resultado, pues nuestros soldados, sin tener ninguna desgracia que lamentar, excepción hecha de tres ó cuatro ligeramente heridos, se retiraron á su campamento, después de desnudar á algunos de los muertos, llevando como trofeos, mamelucos, chaquetines y casquetes del uniforme egipcio; y como cosa curiosa algunos rosarios de raras cuentas y grandes dimensiones, unas como *reliquias* y una especie de guitarra que uno de ellos tenía á la espalda, de largo mástil, construída la caja con una como jícara grande y con sólo tres cuerdas. Si ese día no hubiera estado ocupado el río por la escuadrilla, con aquel puñado de hombres habríamos reconquistado á Tlacotalpam; pero la lucha era imposible contra aquella, exponiendo inútilmente á la población.

Tal fué el encuentro del “Puente García:” triunfo de poca importancia material, pero que, moralmente, como el del “Mediadero” fué de gran valía, puesto que en nuestras tropas se rehizo el espíritu, causando el mismo efecto en todas las poblaciones á proporción que les llegaba la noticia, acrecentada por el entusiasmo y el patriotismo.

XVII

El descalabro sufrido por las tropas egipcias, auxiliares del ejército invasor, y al cual, como queda dicho, se le dió más importancia de la que en sí tenía, determinó el envío de mayores fuerzas á Tlacotalpam, que se ejerciera un verdadero espionaje entre los vecinos de quienes se sospechaba connivencia con los republicanos, y que el mismo Jefe superior de las armas en el Estado, Maréchal, fuera á ponerse al frente

para dirigir las operaciones de una campaña que se creyó, y con fundamento, decisiva. Pero entre disponer y llevar á cabo estas disposiciones transcurrieron bastantes días, tiempo que el General García no desaprovechó para prepararse completamente, no sólo á poder resistir el empuje del enemigo, sino á tomar la iniciativa cuando se juzgara oportuno y conveniente.

Cierto era que ni en Amatlán ni en Cosamaloápam podíamos combatir con esperanza alguna de triunfo, dado que, dominadas por el río estas poblaciones, las cañoneras bastaban para hacernos desocupar ambos puntos; y de ahí que sólo las ocupáramos provisoriamente, por encontrarse cerca de la base de operaciones adoptada por el enemigo, poder observar sus movimientos y acudir con presteza al punto que fuera necesario, ya hacia los cantones situados al Sur, ya hacia las poblaciones del lado Norte, donde aún permanecía el bravo General Cuellar, establecido en Omealca, llave de la Costa por estos rumbos.

Hacia el 18 de este mes, una parte del batallón Zaragoza había llegado á la hacienda de San Nicolás, desde cuyo punto marchó al Cocuite una compañía para reforzar la sección que se puso á las órdenes del Coronel de artillería D. José Juan García; otra se incorporó al Cuartel general, situándose en Cosamaloápam, y el resto permaneció en San Nicolás y la Cerca, donde nada había que temer de las cañoneras enemigas.

La llegada el día 20 del 2º batallón "Sierra Juárez," en alta fuerza, al mando del Coronel D. Joaquín García Terán, y el cual fué enviado por el General Díaz en auxilio de la costa, fué motivo de justo contento, pues ya podíamos extender nuestras operaciones con más confianza. Este cuerpo se mandó establecer á Cosamaloápam, contramarchando para reforzar la guarnición de San Nicolás y la Cerca la compañía del batallón "Zaragoza" que allí se encontraba.

Así las cosas llegó el día 23.

La noche anterior, noticias reservadas que desde Alvarado había recibido el General García, respecto á varios puntos de la administración, hicieron que confiara á sus ayudantes distintas comisiones, dándoles órdenes privadas al efecto. Al Comandante de escuadrón, Jiménez, Jefe de las armas de la localidad, le ordenó que marchara á visitar su jurisdicción militar, á fin de que se pudiera contar con ella en un caso dado: al Capitán Rodríguez lo hizo que se reincorporara al Estado Mayor del Coronel Gómez: al Capitán X..... lo comisionó para que pasara á Acula, á cuyo punto debían llegar dos canoas viajeras conduciendo de contrabando un valioso cargamento, con orden de aprehender á sus conductores y asegurar las mercancías, para proceder con arreglo á las leyes fiscales vigentes;³ y él con el Comandante D. José H. Terán y con el Capitán D. Joaquín M. de Aguilar, marcharía hacia Cosamaloápam, sin determinar el punto á donde se dirigía.

Así, pues, á las primeras horas del día 23 Amatlán parecía como desierto: sólo estaban allí unos cuarenta hombres de la

1 Aunque las noticias señalaban al comerciante alemán de Veracruz como propietario y conductor de este contrabando, no era así: este cargamento venía en regla y fué despachado en Cosamaloápam, produciendo una buena entrada de numerario en las arcas del Estado. El cargamento más valioso aún, que pretendió introducir á la costa el comerciante alemán D. J.....V..... fué denunciado por un guarda de apellido Flores, después, según se dijo, de estar de acuerdo con el propietario para defraudar las rentas públicas. Fué aprehendido, por orden del General en Jefe, por el Comandante D. José Mº Villalobos y D. José H. Terán, y por los Capitanes D. Joaquín M. de Aguilar y D. José de J. Ferrer, guiados por el mismo denunciante. V..... logró fugarse del punto de los "Amates," donde estaba preso, y el Administrador de la Aduana, D. Manuel Díaz, llevó la acusación ante la autoridad competente, procediendo luego al reparto de las mercancías, conforme á la ley. En este asunto se procedió con tanto misterio como irregularidad, muy particularmente en lo relativo á la repartición y asignación de los bienes confiscados; dando lugar con esto á que el público, siempre dispuesto á zaherir la reputación de los que gobiernan, se ensañara contra todos los que tomaron parte en el negocio, contribuyendo no poco á que perdiera mucha de su popularidad el mismo General García.

guardia nacional del mismo pueblo, el Secretario de Gobierno D. José Antonio Ruiz, el Mayor de órdenes Teniente Coronel D. M. Izaguirre, y los Subtenientes D. José E. González de la Secretaría de Guerra, y D. Francisco Terán ayudante de la Proveduría general.

XVIII

Entre once y doce del día, el Capitán X....., que con su asistente regresaba al Cuartel general después de haber desempeñado su comisión, penetraba entre los palmares que desde corta distancia de Acula se extienden hasta los límites de los campos de caña de la hacienda de San José: caía un fuerte y espeso aguacero que acabó de obscurecer la atmósfera, haciendo muy difícil el paso. Procuraba avanzar, pero lo hacía de una manera lenta, pues la lluvia había inundado y obstruido las *trillas* que servían de camino hasta llegar á la hacienda.

De repente, refrenando su cabalgadura, hizo alto: habíale parecido oír á lo lejos, á su izquierda, una detonación seca y firme: lo mismo hizo su asistente, quien sostenía que era el eco de un trueno: X..... opinaba que era un cañonazo; y dirigiendo la vista hácia el lado de Tlacotalpam procuró empuñarse sobre los estribos.

—¡Aquello es humo!—exclamó dirigiéndose á su compañero.

—¡Sí, Capitán!—respondió éste.—Y aunque parecen nubes, es humo espeso: humo de quemazón.

—¡Adelante entonces!—gritó, queriendo poner al trote su cabalgadura.

—A pié avanzaremos más, Capitán, hasta que salgamos del palmar.

Y uniendo la acción á las palabras del asistente, X.... desmontó, entregando las riendas de su caballo á su viejo compañero Prudencio.

En efecto, aligerados los caballos pudieron avanzar con más facilidad; y como la lluvia comenzó á aflojar, bien pronto llegaron á los primeros plantíos de caña: allí volvieron á montar, y en breve espacio se pusieron cerca del caserío.

Gruesas espirales de negro y espeso humo se extendían por el aire, corriéndose en dirección de la "Boca de Acula;" y lejos, más lejos todavía, aunque á largos intervalos, notaron que algunas llamas salían de dentro del humo.

—¡Capitán! ¡Capitán!—gritó de pronto Prudencio—¡allí va corriendo un soldado! ¡Dos.....! ¡Tres.....! ¡Cuatro.....! ¡Vea vd!

X..... volvió la vista hacia donde señalaba Prudencio, y en efecto, pudo ver hasta cuatro soldados del 2º Activo que huían rumbo á Amatlán. Puso su caballo á galope, y ya á distancia marcó el alto á los que corrían: eran siete, entre ellos un sargento: al oír la voz de mando, todos obedecieron.

—¿Qué ha pasado por allá abajo y por qué huyen vdes., sargento?—interrogó el Capitán luego que hubo llegado.

—Pues mi Capitán,—respondió el sargento, un tanto confuso—nos disponíamos á tomar el rancho, cuando de repente y sin que nadie hubiera visto nada, se nos presentó una cañonera disparando dos granadas de esas largas. De momento se desordenó la tropa; y aunque algunos tomamos este rumbo, el señor Coronel mandó que nos fuéramos al palmar. Yo con los que aquí están, y dos más que ya habrán llegado á Amatlán, no pude regresar para irnos al palmar, porque apenas nos dispararon saltaron á tierra muchos negros, seguramente para desquitarse de la *cueriza* que el otro día les dimos en el "Puente."

El Capitán, sin dejar de caminar, oía la relación que hacía el sargento, y sólo pudo notarse una ligera expresión de disgusto al oír que dos soldados habrían llegado ya á Amatlán.

—Siga vd. lo más aprisa que pueda: yo voy á adelantarme, porque mucho me temo que aquello ande mal.

Y sin esperar, y seguido de Prudencio, salió á toda rienda. El aguacero había cesado por completo.

XIX

En efecto, á la llegada del Capitán X..... á Amatlán, se encontró con que todas las gentes estaban poseídas de un pánico indecible y espantoso: los dos dispersos que habían llegado los primeros, con algunos rancheros de las cercanías del lugar de los acontecimientos, habían pintado de tal manera la situación, que no fué necesario más para que cada cual buscara el modo de salvarse de un peligro que les parecía inminente y cercano. Todo el mundo huyó, quien al otro lado del río, quienes á los palmares inmediatos, quienes, por último, con rumbo á Cosamaloápam. El Comandante Jiménez no regresaba aún de su visita de inspección, y el Mayor de órdenes se encontraba en un estado deplorable: la guardia nacional había seguido el ejemplo de los demás, y la misma dueña del hotel recogió y guardó todo el menaje del establecimiento, y puso de por medio el río.

La circunstancia de haberse ausentado el General en Jefe y con él sus ayudantes, fué motivo para dar siniestras interpretaciones á su separación entre la gente del pueblo, y de ahí el abandono casi total de la población.

Dos ó tres hombres con sus fusiles era cuanto allí había disponible para defender el punto. En la plaza de armas, el Secretario de Gobierno con el escribiente González, ambos á caballo, no cesaba de dar vueltas, sin saber qué partido tomar, dado que el Mayor de órdenes no se encontraba en las mejores condiciones para dictar medida alguna: á pie, con el albardón á la cabeza, seguía al Secretario de Gobierno, dirigiendo extraviadas miradas á todas partes. Así, pues, luego que llegó el Capitán X..... el mismo Secretario, después de explicarle la situación á su modo, le propuso que se retiraran todos á Cosamaloápam.

El Capitán rehusó.

—No nos haría honor semejante paso que parecería más bién una fuga anticipada, Secretario:—le dijo con tono amistoso—al menos á mí que pertenezco al ejército. Esperemos que lleguen, ¡qué demonios! Podemos verlos á una distancia muy considerable, y siempre tendremos tiempo de retirarnos sin que se nos tache de cobardes, pues podremos decir al General: “los hemos visto y eran demasiados.”

Ruiz convino en ello.

—Ahora,—prosiguió X.....—como nuestro amigo el Mayor está en mal estado, y el Comandante Jiménez aún no llega, á mí me corresponde el mando del punto. ¡Sargento!—le gritó al verlo llegar con sus seis hombres—¡acérquese vd. aquí!

El sargento se aproximó con el arma terciada, hizo alto y dió sobre el porta el golpe de Ordenanza.

—¡Presente, mi Capitán!

—Va vd. á situarse á la “Puente,” ya sabe vd., y no permitirá que nadie, ¡óigalo bien! que nadie salga por ahí: los que vengan de arriba, que pasen, pero salir, lo repito, nadie.

—¿Y si alguno quiere hacerlo por fuerza, mi Capitán?

—Ahí tiene vd. su fusil.

El viejo veterano repitió el golpe, dió media vuelta de la manera más correcta, y un momento después marchaba con su pequeño destacamento al lugar que se le había designado.

XX

Con intervalo de una hora, á poco más de las doce, llegaron sucesivamente dos oficiales, el Teniente Barrón y el Alférez Flores, ayudantes del Coronel Gómez, dando aviso de que el enemigo, en número de trescientos hombres, y custodiado desde el río por una de las corbetas francesas, se dirigía hacia Cosamaloápam. El Capitán X..... les contestó que siendo el aviso para el General y no estando éste allí, sino en aquella población, según noticia que tenía, debían continuar

su camino hasta encontrarlo, pues tal era su deber. Los oficiales manifestaron que sus caballos no podían continuar el camino de puro cansados.

—Pues á pie, señores; para eso son los ayudantes, y deberían estar mejor montados.

Los oficiales continuaron su marcha.

Como á la una llegó el Comandante Jiménez, é informado de lo que ocurría, tanto por el Capitán como por el Secretario, aquél le devolvió el mando del punto que interinamente había tomado en su ausencia y en la del General en Jefe.

Algo se había restablecido la calma, aunque las gentes no se atrevían á salir de sus casas.

XXI

En contraposición al estado de efervescencia que presentaba el pueblo de Amatlán al regresar de Acula el Capitán X..., una hora después el más profundo silencio notábase en todas partes: las gentes, que permanecían allí, sin salir de sus casas, estaban pendientes, sin embargo, de cuanto aconteciera: se había logrado reunir como unos quince hombres de la guardia nacional, y permanecían en la plaza de armas, dispuestos á primera orden, y el personal de la Secretaría de Gobierno, acabando de arreglar el poco archivo que allí había, esperaba sólo el momento de emprender la retirada, que no debía hacerse esperar por mucho tiempo, dado el que había transcurrido desde la última noticia aportada por el Alférez Flores.

El Capitán X..... y el Comandante Jiménez permanecían en el local de la Comandancia militar. El primero fué en busca del Secretario, y después de haber hablado con él á media voz, regresó al local del segundo. Ambos montaron de nuevo; y solos, sin que los acompañaran sus asistentes, tomaron la salida del pueblo, rumbo abajo, sin apresurar su marcha. Sólo cuando hubieron dejado á su espalda el último casucho, Jiménez dijo á su compañero:

—Creo que es lo mejor que podemos hacer: desde la última noticia, tiempo suficiente ha habido para que hubiera llegado el enemigo; y, una de dos, ó ha retrocedido, ó la cañonera que lo custodiaba ha encontrado obstáculo en el río.

—Pronto lo veremos;—contestó X..... —me propusiste que te acompañara para desengañarnos de lo que haya en realidad, y estamos en camino. Adelante, pues.

En efecto, el Comandante Jiménez, impaciente con tanto esperar la llegada de los egipcios, propuso á su amigo y compañero el ir á encontrarlos, no porque tenía la pretensión de disputarles el paso, sino para salir de dudas, cerciorarse de la verdad y apreciar la cuantía de la invasión que se decía amenazaba á Cosamalápan.

Cuando ambos ginetes habían avanzado unos doscientos metros más allá de la hacienda de San José, en la parte que el río se encuentra acantilado, y el camino carretero, bastante estrecho, corre entre el cantil lleno de vegetación y el monte bajo que se extiende hasta los entónces abandonados terrenos titulados "Los Yegüerizos," torcieron á su derecha subiendo un pequeño montículo que termina sobre el cantil, y desde el cual, reclinados sobre la cabeza de la silla, podían ver perfectamente el río, sin ser vistos ellos, hasta la salida del torno de "Zopelicán" pudiendo explorar á la vez el camino carretero con sólo enderazarse sobre los estribos.

En esta posición, no muy cómoda por cierto, esperaron descubrir, ya la infantería enemiga, que debía llegar por tierra, ya la cañonera que la custodiaba desde el río. Ninguno de los dos se apercibió de que, á pocos momentos de haberse instalado en su observatorio, un muchacho, un hombre casi indígena de aquellos lugares, salió de dentro del monte, á retaguardia, y se colocó entre ambos caballos, sin hacer ruido alguno, con el objeto, seguramente, de ver él también.

Diez minutos habrían transcurrido desde la llegada de los dos oficiales, cuando al mismo tiempo que por el río se escuchaba perfectamente el ruido de la máquina y de la hélice de

la cañonera, por tierra, más á lo lejos, se hacía oír el rumor de los pasos de una tropa en marcha.

Jiménez y X..... se miraron sin decirse una palabra.

A poco rato, cuando aún se oía á bastante distancia el rumor de la infantería, apareció primero la columna de negro humo que denunciaba la aproximación de la cañonera: el ruido de la hélice era mucho mayor, lo cual indicaba que batía las aguas á poca profundidad: luego apareció el bauprés con oficial que iba sondeando el río; y cuando se descubrió por completo el buque, podían contarse las gentes que iban sobre cubierta. Un vigía estaba apostado en la cofa superior del palo mayor, y en las otras, infantes de marina vigilaban el lado de tierra.

El ruido que hacían los egipcios era más perceptible, y Jiménez, sin cambiar de postura, dijo á su compañero en voz baja:

—Podemos irnos ya; dentro de un cuarto de hora nos habrán alcanzado si permanecemos aquí, y no tenemos otra cosa que hacer que no dejar que nos echen mano.

—Vámonos.—Contestó secamente X....., sin hacer objeción alguna.

Pero en los momentos de ponerse en marcha les llamó la atención un ruido sordo, seco, estridente que partía del río, como si de repente se hubiera roto un resorte de gran potencia, y ambos volvieron la vista á la cañonera. Esta estaba inmóvil, y la tripulación se movía precipitadamente de uno á otro lado sobre cubierta. El silbato del Contramaestre se hizo oír mandando una maniobra, é instantáneamente dejó de salir humo por la chimenea y se vió escapar vapor por ambos costados del buque.

Había embarrancado en un pequeño bajo del torno de Zopelicán.

En estos momentos también los caballos de los dos oficiales se encabritaron á la vez sobre las patas traseras con un movimiento de espanto, tratando de retroceder del montícu-

lo. Ambos ginetes, sorprendidos, inclinaron la vista hacia la tierra para buscar la causa de aquel inesperado movimiento. Entonces fué cuando notaron la presencia del indígena que los había seguido desde su llegada; pero era tal el terror que se pintaba en su rostro, que no pudieron menos que asombrarse también.

—¡Un negro..... con fusil..... y gorro..... colorado!—tartamudeó al fin, pudiendo apenas respirar y señalando con trémula mano á lo largo del camino.

El Comandante y el Capitán siguieron la dirección que el indillo indicaba, y á su vez tocóles su turno de asombro: aunque bastante lejos, ambos pudieron ver un jinete que á media rienda avanzaba hacia ellos, teniendo todas las apariencias de un egipcio ó de un argelino: traía un fusil á la espalda.

El efecto fué inmediato.

X..... y Jiménez bajaron al terreno plano y echaron pie á tierra. No veían al inesperado huésped, pero no les era dado retroceder sin exponerse á ser fusilados por la espalda, pues era seguro que los alcanzaría aquel jinete y los más que suponían vendrían con él: no podían tampoco bajar al río, ni menos internarse en el monte bajo que tenían á su frente, aun cuando abandonaran sus cabalgaduras, porque era demasiado cerrado, y serían alcanzados de todas maneras antes de ponerse fuera del alcance del tiro del enemigo.

La situación era desesperada de momento.

El jinete reapareció de nuevo, moderando el paso de su caballo, y volviendo la cabeza hacia atrás, como si esperase la reunión de sus compañeros. Esto determinó la actitud de los dos oficiales.

—¿Cuántos tiros tienes en la pistola?—preguntó Jiménez á X..... con la sangre fría y mesura que en él eran características.—Yo estoy completo y tengo además el del rifle.

—Pues estamos iguales—respondió X.....—Los caballos nos servirán de parapeto;—prosiguió después de haber saca-